

Z. V. Sánchez

Teatro de los malditos:

Nada es lo que parece

Parte I

Todo lo que vemos o parecemos es solamente un sueño dentro de un sueño

Edgar Allan Poe

Índice:

<i>Capítulo 1, érase una vez.....</i>	<i>página 5</i>
<i>Capítulo 2, el león y el lobo.....</i>	<i>página 25</i>
<i>Capítulo 3, la trampa.....</i>	<i>página 47</i>
<i>Capítulo 4, dudas</i>	<i>página 63</i>
<i>Capítulo 5, el chico que odiaba a las mujeres.....</i>	<i>página 77</i>
<i>Capítulo 6, roces inevitables.....</i>	<i>página 92</i>
<i>Capítulo 7, secretos.....</i>	<i>página 104</i>
<i>Capítulo 8, error fatal.....</i>	<i>página 121</i>
<i>Capítulo 9, un rebelde sin rumbo.....</i>	<i>página 129</i>
<i>Capítulo 10, y entonces apareció él.....</i>	<i>página 145</i>
<i>Capítulo 11, sorpresas desagradables.....</i>	<i>página 157</i>
<i>Capítulo 12, ¡luces, cámara y acción!.....</i>	<i>página 167</i>

<i>Capítulo 13, más problemas</i>	página 184
<i>Capítulo 14, el hombre pájaro</i>	página 201
<i>Capítulo 15, punto y aparte</i>	página 220
<i>Capítulo 16, la emboscada</i>	página 232
<i>Capítulo 17, sueño o realidad</i>	página 250
<i>Epílogo</i>	página 262

Érase una vez

La nieve caía blanca, ligera y suave. Conforme descendía en picado a ras de las nubes, el ambiente fue tornándose cada vez más frío. Los copos aterrizaron en la superficie junto con un débil impacto y poco a poco acabaron cubriendo el asfalto de una ciudad durmiente, *Minota*. Nadie salía a la calle, ni tan siquiera se asomaban a las ventanas. Hacía años que no nevaba de esa manera tan desmesurada. En esos momentos, únicamente me hacía compañía el reflejo de mi propia sombra, dibujada en el tabique gris del orfanato en el que me internaron con apenas unos pocos meses (nunca supe sobre mis verdaderos padres), *House Milk*. Quizá aquella nevada fuese la señal que predijese el fin de mi estancia en aquella horrible institución y finalmente una mamá y un papá me llevarían consigo al que sería por siempre mi hogar, lo deseaba con todas mis fuerzas.

El viento procedente del este trajo consigo un pesado aroma a tierra mojada y despeinó de por sí mi ya encrespada cabellera. La hermana Casandra comenzó a llamarnos uno por uno a todos los niños y niñas que nos encontrábamos jugando en el patio, apurándonos a entrar antes de que enfermásemos de una pulmonía. Con la suerte de mi lado, me escondí tras el pequeño santuario donde las hermanas oraban puntualmente nada más presentarse los primeros indicios del alba, aguardando la oportunidad de poder escalar el muro que rodeaba enteramente el orfanato. Solo así podría salir afuera a jugar. A jugar con total libertad. Los niños y niñas fueron entrando en fila india al interior del edificio entre risas y gritos de euforia y al entrar el último de ellos, la hermana Casandra echó un rápido vistazo al patio antes de cerrar la puerta. La señal perfecta. Sin más preámbulos, eché a correr hasta un punto en concreto en el que el muro tenía una pequeña abertura oculta tras unos cuantos arbustos, logrando deslizar mi cuerpo en éste sin demasiadas complicaciones.

Una vez en el exterior, continué la carrera en dirección a un parque infantil que se hallaba a unos pocos metros del orfanato. Rara vez las hermanas nos dejaban jugar allí, solo si se presentaban fechas especiales

que cualquier paso en falso por mi parte desencadenase en más desastres aún y entre torpes tambaleos marché hacia el automóvil.

Oh, Dios mío...

Una vez me acerqué, comprobé que apenas quedaba constancia de éste, parecía un escarabajo de hierro completamente encogido y el humo que desprendía era tan denso que me impidió saber si en verdad había alguien atrapado allí dentro. Alcé la voz... y nadie me contestó.

Es imposible, nadie puede sobrevivir a eso, pensé con pavor.

Regresé sobre mis pasos nada más el auto dio los primeros atisbos de estallar, hasta tropezar contra un bordillo y perder el equilibrio. Caí de espaldas y el auto explotó. El fuego llegó a ser tan impetuoso que eclipsó el mismísimo cielo, ni siquiera la propia nieve logró domarle. No sabría decir por cuantos segundos ni minutos permanecí allí parada, contemplando semejante escena, cuando lo que parecía ser una silueta de aspecto lechoso y resplandeciente fue asomándose colina abajo. Parpadeé confusa, creyendo que se trataba de una alucinación mía. Una sombra gigantesca de brazos lánguidos y fisuras rojizas, de igual color a las de un reptil, parecían ser sus ojos... Ésta se acercaba a mi posición. Aturdida, me pellizqué ambas mejillas. Sin embargo... continué atrapada en el mismo lugar.

¡Despierta! ¡Despierta, despierta, por favor!

La sombra clavó sus ojos en mí cuan dardos venenosos y acelerando la marcha (el suelo se estremecía con cada uno de sus pesados movimientos), me persiguió por gran parte de la ciudad una vez eché a correr. Chillé rogando auxilio, moviendo desafortunada los brazos, acelerando el ritmo y aún con eso nadie me respondía. ¿Es que la ciudad entera estaba drogada a base de somníferos? Quizás, si pudiese regresar al orfanato... Pero con aquella sombra siguiéndome los talones podría poner en peligro al resto de mis compañeros y hermanas. Al cabo de unos minutos sentí un dolor punzante en mi propio abdomen, sabiendo por ello que no podría continuar corriendo por mucho más tiempo. Y tras no obtener tregua alguna por parte de la sombra y agotándoseme toda expectativa, opté por esconderme bajo un automóvil amarillo hasta que finalmente ella se perdiera de vista.

Pasa de largo, yo no estoy aquí. ¡Desaparece por siempre!

Me tapé la boca con ambas manos, impidiéndole de ese modo escuchar el sonido agitado que marcaba mi propia respiración. La sombra, astuta, no cayó en la trampa e hizo volar lejos el automóvil tras arrearle un manotazo y así tenerme nuevamente en su punto de mira. Tragué saliva o al menos eso

pretendí, pues mi boca estaba tan seca como arena en el desierto. ¿Qué había hecho yo para merecer algo así?, ¿qué era esa sombra infernal y por qué no cesaba en su intento de perseguirme? Ésta mantuvo en alto el brazo y eso solo podía significar una cosa, había llegado mi hora. Temblé de arriba abajo al ver acercárseme aquel brazo negro, el cual terminaba en unas uñas de igual similitud a las de un tiranosaurio. Al estar tan próximos el uno al otro comprobé que el olor a ceniza y putrefacción que la sombra despedía era agotadoramente repulsivo.

No, por favor... Soy una niña...

Casi podía sentir sus garras ciñéndose en mi cuello...

Darí cualquier cosa, la que fuera, por salir sana y salvo de esto...

¡Cualquier cosa!, chilló mi cabeza con plena convicción ante la desesperación que me consumía.

¡PAAAAAAAAAAAAAAAAAM!

Al poco de tener tal pensamiento, un sonido silbante se propagó por cada rincón de la ciudad cuan eco ensordecedor. Y no solo fue eso lo que ocurrió. Un cuerpo sólido (que misteriosamente apareció de la nada como algo que se materializa) se presentó frente a mí y a causa de ello el brazo de la sombra se quedó congelado en el aire, como si reconociese al nuevo intruso y eso le hiciese replantearse seriamente si debía actuar o no.

¿Es un milagro?, ¿acaso mi ángel de la guarda?

Observé atónita su traje oscuro, holgado y de siglo pasado. Sin duda era un ángel (o eso quiso creer mi mente infantil) muy peculiar. A decir verdad me lo habría esperado ataviado de blanco y cargando a las espaldas hermosas alas de algodón. No obstante, el susodicho individuo carecía por completo de ellas. ¿Y qué esperaba hacer?, ¿por qué se quedaba allí plantado? ¡La sombra terminaría aplastándole como a un vulgar insecto!

— ¡Salga de a-aquí, señor...! — exclamé con voz desmayada.

Fue demasiado tarde, de nuevo la sombra se decidió a atacar y con ello lanzó un golpetazo contra mi supuesto ángel, escapándoseme por ello un grito desolador. Era incapaz de mirar una cosa así e inmediatamente me tapé los ojos. Hubo un golpe seco. Silencio. Luego le siguió más silencio... Con el corazón martilleándome de un modo constante el pecho, abrí un párpado y cuando ya creía muerto al misterioso ángel de negro, supe que el golpe de antes se debía en realidad a un bastón (hecho de un material igual de blanquecino que el marfil y en cuya empuñadora se había tallado la

cabeza de un cuervo) que usó a la hora de detener el golpe de la sombra. Ésta, incansable, arremetió con el otro brazo y el impacto que se hizo contra el bastón fue de tal calibre que todo cuanto se encontraba a nuestro alrededor salió disparado, incluyendo vehículos, farolas o bancos. Incluso yo... Sentí mi propio cuerpo al igual que una simple pluma conforme se movía a merced de la ventisca que se había desatado, para acabar descendiendo contra el duro asfalto. Aunque eso no era lo que en realidad me preocupaba, sino las piezas de metal de coches, cristales de bombilla u otros objetos punzantes que también flotaban a mi alrededor. Vociferé nada más la puerta de un auto apareció de la nada y se me fue acercando peligrosamente. Inmediatamente moví frenética los brazos como si eso sirviera de algo y me hiciera cambiar de dirección. Lo mismo hice con las piernas, sin embargo, de nada me sirvió y con lágrimas en los ojos asimilé que algo así no me llevaría a ninguna parte. Opté por cerrar los párpados, esperando mi suerte.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco..., canturreé mentalmente.

No sentí dolor alguno.

Seis, siete, ocho, nueve y diez..., continué.

Nada, ni siquiera un pequeño rasguño. Abrí de par en par los ojos y me encontré a mí misma en los brazos del ángel que antes también hubo acudido en mi ayuda. Imposible... ¡no podía ser verdad...! Pestañee confundida. ¡Él estaba flotando en el aire!, ¡sin precisar de alas! ¡Y yo junto con él! Con los nervios disparados, pude observarle con mayor detalle. Me di cuenta que era un hombre joven, ya que no debía sobrepasar los veintiséis años. Su rostro era igual de pálido, hermoso y frío como la propia nieve que yacía muy por debajo de nuestros pies. Por un instante, me miró a través de unos ojos tan negros como faltos de expresión. Dos pozos eternos que carecían de fondo.

— Dijisteis que daríais cualquier cosa por sobrevivir, ¿cierto? — dijo con voz severa conforme daba un vertiginoso salto en el aire (aún cargando conmigo) hasta repiquetear sus zapatos contra el asfalto. La sombra se encontraba a una corta distancia de nuestra posición, sin desistir en su intento de eliminarnos —. ¿Estaríais dispuesta a ello, pues?

— No quiero m-morir... — sollocé con las lágrimas nublando mis ojos y resbalándome por las mejillas, pero a él solo parecía importarle mi respuesta. Me dejó libre —. Por favor, tiene que ayudarme, señor...

El joven se mostraba demasiado tranquilo pese a que la sombra se fue acercando más y más.

— Respondedme entonces con total sinceridad — dijo tras acuclillarse para así estar ambos a la misma altura y acto seguido me ofreció su mano —. ¿Estaríais dispuesta a sellar un pacto conmigo, niña humana?

— ¿Un p-pacto...? ¿Niña h-humana? — repetí confusa.

— Así es, un pacto que quedará sellado una vez estrechéis mi mano — me aclaró el joven que por su forma de mirar, hablar y moverse se me pareció a aquellos poetas románticos y atormentados de tiempo atrás —. Solo entonces podré acatar vuestra petición y librarme de ese *Surux*. Ahora es el momento en que debéis comportaros como una verdadera adulta y decidir lo qué hacer. Aunque deberá ser rápido, ya que el tiempo corre en vuestra contra y no en la mía.

*¿Quiere decir eso que si no acepto dejará que esa cosa me haga daño?
¿Sería capaz...?*

Consumida por el pánico y la desesperación que palpitaban al igual que una melodía macabra bajo mi piel y tensaba hasta el último de mis músculos, terminé estrechando la mano del joven sin tan siquiera pensármelo dos veces. O una. Carne contra carne. Nada más hacerlo un ramalazo de frío se hizo con la palma de mi mano, expandiéndoseme veloz por cada uno de los dedos. Dicha sensación fue tan extrema que chillé al no sentirme la propia mano, quedándoseme tan rígida como un palo y a su vez tan pesada como el propio metal.

¿Qué está pasándome?

— No temáis, tales síntomas son normales al principio — me explicó el joven y pese ahora darme la espalda alzó su propio brazo como si nada, dándome cuenta de algo que antes no estaba ahí. Un pequeño símbolo de una rosa relucía en la palma de su mano (parecía como si esta hubiese sido dibujada a filo de navaja) con un total de trece pétalos. Cuando fui a mirarme la mano me di cuenta que yo también tenía otra igual. Tan solo había una pequeña diferencia entre la suya y la mía, él la conservaba en la mano izquierda y yo, por el contrario, en la derecha —.Ya no tendréis de qué preocuparos, ese *Surux* dejará de seros una molestia y...

— ¿Quién eres tú...? — le interrumpí con labios temblorosos y frotando mis párpados en un intento de que cesasen las lágrimas.

El joven mostró la fina espada que escondía el interior de su bastón y antes de hacer frente a la sombra gigantesca volteó ligeramente su cabeza hacia mí.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

